

## 18. La perseverancia de Dios

"HAY DOS PUNTOS EN LA RELIGIÓN EN LOS QUE LA ENSEÑANZA de la Biblia es muy simple y clara. Uno de estos puntos es el peligro inminente de los impíos; el otro es la perfecta seguridad de los justos. Uno es la felicidad de quienes son convertidos; el otro es la miseria de los no convertidos. Uno es la bendición de estar camino al cielo; el otro es la desgracia de estar camino al infierno".<sup>1</sup>

Estas palabras, por el obispo inglés Ryle, nos introducen al tema de la perseverancia de Dios con sus santos, y ligan a este capítulo con el anterior. La doctrina de la perseverancia significa que Dios, que ha comenzado la buena obra al elegir y luego llamar a una persona para la salvación, de acuerdo con su propio buen propósito, ciertamente seguirá firme en dicho propósito hasta que la persona elegida y llamada acepte la bendición que ha sido preparada para él o ella. Si una persona pudiera ser salvada y luego pudiera perderse, entonces no habría ninguna bendición en la salvación, sólo habría ansiedad. No habría ninguna seguridad o felicidad. Pero como es Dios quien está llevando a cabo la obra y porque está dentro de la naturaleza de Dios el completar lo que comienza, puede haber cabida para un gozo perfecto en la persona que confía en él.

La perseverancia es el quinto punto distintivo del calvinismo. Está relacionada con los otros puntos y toma su fuerza a partir de ellos. En el idioma inglés han sido a veces expresados por un acróstico, TULIP, aunque las palabras sugeridas por estas iniciales no son necesariamente las mejores expresiones para hacer referencia a estas doctrinas. La T significa la total depravación, la doctrina según la cual los no regenerados nunca pueden hacer nada para satisfacer los estándares de justicia divinos y, en realidad, ni siquiera lo intentan. La U significa la elección incondicional (*unconditional* en inglés), la doctrina que consideramos en el capítulo anterior. Significa que la salvación comienza con la elección nuestra por parte de Dios y no con la elección que nosotros hacemos de Dios. La L significa la expiación limitada, la doctrina según la cual la muerte de Cristo fue una expiación real para los pecados específicos de su pueblo y como resultado de la cual ha sido verdaderamente salvado. No se trataba simplemente de una expiación general que hacía la salvación posible pero que en realidad no salvaba a nadie. La I representa la gracia irresistible, la doctrina a la que hemos hecho referencia en el capítulo anterior bajo el nombre de el llamado eficaz. Por último, la P representa la perseverancia de los santos. Ninguna persona que ha sido llamada por Dios y redimida por el Señor Jesucristo se perderá. Como Dios está al principio y en el medio de su plan desalvación, también está en el final.

Estas doctrinas no fueron inventadas por Calvino, ni fueron características sólo propias de su pensamiento durante el período de la Reforma. Son verdades bíblicas, enseñadas por Jesús y confirmadas por Pablo, Pedro y todos los demás escritores del Antiguo y Nuevo Testamentos. Agustín defendió estas doctrinas frente a las negaciones de Pelagio. Lutero creyó en ellas. También Zuinglio las creyó. Es decir, creyeron lo mismo que creía Calvino, y que luego sistematizó en su influyente *Institución de la Religión Cristiana*. Los puritanos eran calvinistas; por medio de ellos y sus enseñanzas tuvieron lugar en Inglaterra y Escocia los avivamientos nacionales más grandes y más completos que el mundo haya conocido. En este número se encuentran los herederos de John Knox: Thomas Cartwright, Richard Sibbes, Richard Baxter, Matthew Henry, John Owen y otros. En los Estados Unidos de América otras personas fueron influenciados por hombres como Jonathan Edwards, Cotton Mather y, más adelante, George Whitefield.

En tiempos más recientes el movimiento misionero moderno recibió casi todo los ímpetus y direcciones iniciales de quienes estaban dentro de la tradición calvinista. La lista incluye a William Carey, John Ryland, Henry Martyn, Robert Moffat, David Livingstone, John G. Paton, John R. Mott y otros. Para todos ellos las doctrinas de la gracia no eran un apéndice al pensamiento cristiano sino que eran, en cambio, centrales, que avivaban y conformaban su predicación y sus esfuerzos misioneros.

### Lo que la perseverancia no es

Antes de adentrarnos en la enseñanza bíblica con respecto a la perseverancia, hemos de considerar lo que esta doctrina no es. En primer lugar, la perseverancia no significa que los cristianos están libres de cualquier peligro espiritual sólo porque son cristianos. Por el contrario, el peligro es todavía mayor, porque el mundo y el diablo serán opositores activos.

Consideremos la oración de Cristo por sus discípulos, antes de su crucifixión. "Y ya no estoy en el mundo; mas éstos están en el mundo, y yo voy a ti. Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre, para que sean uno, así como nosotros... Yo les he dado tu palabra; y el mundo los aborreció, porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal" (Jn. 17:11, 14-15). Estas palabras son ominosas en el contexto del evangelio de Juan, porque "el mal" ya entonces estaba ingresando en Judas, y "el mundo" había de condenar a Cristo a muerte antes de la mañana. Este era el entorno de muerte en que los discípulos iban a quedar. Dejados a su suerte, sin duda perecerían. Pero Cristo ora por ellos. Porque aunque el peligro que los rodeaba era enorme, el poder de Dios los había de guardar.

En segundo lugar, la perseverancia no significa que los cristianos están libres de caer en el pecado por la sencilla razón que son cristianos. Podríamos razonar de esta manera en base a la oración de Cristo en el capítulo 17 de Juan, pero sería equivocado; porque aquellos por quienes Cristo está orando pecan, aunque no pecan tanto como para caer de la gracia de Cristo para siempre. El Señor le dijo a Pedro, tomándolo como un ejemplo, que habría de pecar hasta el punto de negar a Cristo y que lo haría repetidas veces (Jn. 13:38). "Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo". Pero Cristo agregó: "Pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos" (Lc. 22:31-32). En este incidente, Jesús predijo la negación de Pedro, pero también predijo su recuperación. Le aseguró a Pedro de su intercesión para que su fe no faltara.

Noé se emborrachó. Abraham mintió en dos ocasiones sobre su esposa Sara diciendo que era su hermana y poniendo en riesgo el honor de ella para salvar su pellejo. Lot escogió a Sodoma. Jacob estafó a su hermano y engañó a su padre Isaac. David cometió adulterio con Betsabé y luego trató de ocultar su acción haciendo matar a su marido, Urías. En Getsemaní los discípulos abandonaron a Jesús para proteger sus propias vidas. Pablo y Bernabé discutieron sobre Juan Marcos y siguieron rumbos distintos. Pablo persistió en regresar a Jerusalén con la ofrenda de los gentiles incluso cuando el Señor mismo se le había aparecido y le había prohibido que lo hiciera. Todos éstos pecaron. Pero no se perdieron. En realidad, no hay en toda la Biblia una historia de alguien que fuera verdaderamente un hijo de Dios que se haya perdido. Muchos fueron atrapados por el pecado, pero ninguno pereció.

En tercer lugar, la perseverancia no significa que quienes simplemente han profesado a Cristo sin haber nacido de nuevo están seguros. Hay advertencias específicas para quienes escuchan el evangelio y aparentan confiar en Cristo, pero que sin embargo no han sido verdaderamente salvos. Por ejemplo, Jesús dice: "Si vosotros permanecéis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos" (Jn. 8:31). Aparentemente, la perseverancia por parte del creyente es la prueba final sobre si ha sido verdaderamente nacido o nacida de nuevo. Y otra vez, nuestro Señor dice: "El que persevera hasta el fin, éste será salvo" (Mt. 10:22). Pedro escribió: "Por lo cual, hermanos, tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección; porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás" (2 P 1:10). Es posible estar muy cerca de las cosas cristianas y no ser verdaderamente regenerados.

### **El guardador de Israel**

La perseverancia en la gracia significa, en cambio, como lo expresa Thomas Watson, que "la herencia celestial es guardada para los santos, y que éstos son guardados para la herencia... Aunque puede suceder que los santos lleguen a tener muy poca fe, si bien nunca ninguna. Aunque su gracia se marchite, sin embargo nunca se secará; aunque la gracia sea abatida, no será abolida; aunque las vírgenes sabias se adormecieron, sus lámparas nunca se apagaron".<sup>2</sup> La perseverancia significa que una vez que alguien pasa a formar parte de la familia de Dios él o ella siempre pertenecerá a esa familia.

La Biblia es clara al señalar que quienes han sido justificados del pecado no se pueden perder. David escribió en el Salmo 138: "Jehová cumplirá su propósito en mí; tu misericordia, oh Jehová, es para siempre" (vs. 8). El autor de la epístola a los Hebreos declara: "Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados" (He. 10:14). Pablo escribió: "Estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos; ...sabiendo que el que resucitó al Señor Jesús, a nosotros también nos resucitará con Jesús, y nos presentará juntamente con vosotros" (2 Co. 4:8-9,14). La perseverancia está sugerida por las imágenes que la Biblia aplica a los creyentes: los árboles que no se secan (Sal. 1:3); los cedros del Líbano que brotan todos los años como las coníferas de California (Sal. 92:12); una casa construida sobre una roca (Mt. 7:24); el monte de Sion que no se puede mover (Sal. 125:1).

El Antiguo Testamento habla en varias oportunidades sobre la perseverancia de Dios. En el Salmo 121, el Señor es comparado con un atalaya divino que cuida de su pueblo durante su vida terrenal. Las palabras *guarda* y *guardador* son utilizadas seis veces. "No dará tu pie al resbaladero, ni se dormirá el que te guarda. He aquí, no se adormecerá ni dormirá el que guarda a Israel. Jehová es tu guardador; Jehová es tu sombra a tu mano derecha. El sol no te fatigará de día, ni la luna de noche. Jehová te guardará de todo mal; El guardará tu alma. Jehová guardará tu salida y tu entrada desde ahora y para siempre" (Sal. 121:3-8).

Otro pasaje muy importante lo constituye el de Ezequiel 34:11-16. Dios ha estado hablando en contra de quienes habían sido los pastores de Israel, que no habían llevado a cabo su tarea. Tenían que guardar las ovejas pero las habían abandonado. Dios dice que ahora él hará lo que estos líderes infieles no hicieron.

Porque así ha dicho Jehová el Señor: He aquí yo, yo mismo iré a buscar mis ovejas, y las reconoceré. Como reconoce su rebaño el pastor el día que está en medio de sus ovejas esparcidas, así reconoceré mis ovejas, y las libraré de todos los lugares en que fueron esparcidas el día del nublado y de la oscuridad. Y yo las sacaré de los pueblos, y las juntaré de las tierras; las traeré a su propia tierra, y las apacentaré en los montes de Israel, por las riberas, y en todos los lugares habitados del país. En buenos pastos las apacentaré, y en los

altos montes de Israel estará su aprisco; allí dormirán en buen redil, y en pastos suculentos serán apacentadas sobre los montes de Israel. Yo apacentaré mis ovejas, y yo les daré aprisco, dice Jehová el Señor. Yo buscaré la perdida, y haré volver al redil la descarriada, vendaré la perniquebrada, y fortaleceré la débil; mas a la engordada y a la fuerte destruiré; las apacentaré con justicia.

En Isaías 27 Dios es comparado con el cuidador de la viña. "En aquel día cantad acerca de la viña del vino rojo. Yo Jehová la guardo, cada momento la regaré; la guardaré de noche y de día, para que nadie la dañe" (vs. 2-3).

Cristo hizo referencia a estas imágenes en su enseñanza. Para animar a sus discípulos, se comparó y comparó a su Padre con un atalaya, con un pastor y con el cuidador de una viña. El peligro exterior era grande y el peligro interior también era grande. Los discípulos poseían una vieja naturaleza que con toda seguridad los arrastraría vez tras vez al pecado. Pero él proclamó que había Uno que era incluso más grande que el peligro y que ciertamente los guardaría de la misma manera que había cuidado y guardado a Israel.

### **Cuatro textos claves sobre la seguridad del creyente**

En el Nuevo Testamento hay cuatro grandes pasajes que, más que ningún otro, enseñan sobre la seguridad del creyente. Dos provienen de labios de Jesús. Los dos restantes provienen de Pablo.

El primero de ellos es Juan 6:37-40. "Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera. Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió. Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero. Y esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquel que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero". Habiendo declarado que todos a quien el Padre le dio vendrían a él, el Señor sigue a continuación enfatizando que él ciertamente guardará a quienes vengan a él. En griego esta oración contiene una doble negativa que podría traducirse como "y el que viene a mí nunca, nunca será echado fuera".

Si el pasaje terminara en este punto, podría argumentarse que la doble negativa se refiere sólo al hecho de que Cristo recibe a quien viene a él inicialmente -que nunca, nunca rechazará a alguien que viene a él- pero que dicha persona puede, sin embargo, decidir dejar a Cristo por su propia iniciativa. Pero esto no es posible. Como Cristo lo deja claro en los siguientes versículos, todos a quienes el Padre le ha dado y que por lo tanto han venido a él y han sido recibidos por él serán resucitados en el día postrero. No perderá nada de lo que Dios le ha dado.

El segundo pasaje fundamental sobre la perseverancia lo constituye Juan 10:27-30, que sigue el mismo esquema que los versículos del capítulo 6 de Juan. Pero en este caso el Señor está respondiendo a un pedido que le hicieron sus oyentes para que hablara "de manera sencilla". Por supuesto, la dificultad no estaba en lo que él decía sino en los que escuchaban. Sin embargo, les respondió: "Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre" (vs. 27-29). ¡La elección, el llamado eficaz y la perseverancia!

"Yo ya sé que nadie nos quitará de la mano de Dios", dice alguien. "Pero supongamos que ellos decidan soltarse por iniciativa propia".

"No perecerán jamás", dice Jesús.

"¿Nunca?"

"Nunca", dice Jesús. "No perecerán jamás, y nadie los arrebatará de mi mano".

A veces he pensado que lo que Jesús estaba haciendo al pronunciar estas palabras era similar a lo que suele hacer el carpintero. En ocasiones, cuando se trabaja en un trabajo de carpintería no muy fino, el obrero clava los clavos a través de unas maderas muy delgadas de manera que la punta sobresalga un poco por uno de los lados. Luego, con un golpe de su martillo, dobla esa punta del clavo, enterrándola en la madera. Se llama a esto remachar el clavo. El propósito es hacer que la junta quede un poco más firme ya que no hay forma que el clavo se suelte de la posición en que está.

Esto es lo que Jesús hizo en estos versículos. Estaba tan interesado en hacer que esta doctrina quedara grabada en las mentes de sus discípulos que no sólo la clavó con un clavo, sino con dos, y remachó a ambos.

Primero, les enseñó que quienes son de él tienen vida eterna. "Yo les doy vida eterna" -ese es el clavo-. Por sí solo ya sería suficiente para que esta verdad se mantuviera firme; ya que la vida eterna es una vida que nunca se puede perder. Si se pudiera perder al cabo de unos años o luego de varios años, dejaría de ser eterna. Sin embargo, Jesús sabía que muchos intentarían buscarle alguna otra explicación. Entonces dijo: "No perecerán jamás" —este es el remache que hace que la doctrina de la perseverancia permanezca firme.

Un clavo, no importa lo bien clavado que haya sido, no siempre hace que la junta sea buena, sin embargo. Por lo que Jesús clavó un segundo clavo y también lo remachó. El segundo clavo: "Ni nadie las arrebatará de mi mano". El remache: "Mi Padre, que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de su mano".

Podemos imaginarnos como siendo una moneda que sostiene entre sus dedos. Es una posición bastante segura para cualquier objeto pero muy especialmente para nosotros, si tenemos en cuenta qué mano nos está sosteniendo. Pero Jesús agrega que la mano de Dios está sobre su mano. Estamos apretados por dos manos. Estamos doblemente seguros. Si nos sentimos inseguros, podemos recordar que aunque estamos sostenidos de esa manera, el Padre y el Hijo todavía tienen dos manos libres para defendernos.

El tercer pasaje importante con respecto a la perseverancia pertenece a Pablo, en Romanos 8:33-39. Es una secuela a los versículos que estudiamos en el capítulo anterior y es parte de la misma secuencia de los actos de Dios en la salvación, los cuales introduce.

¿Quién nos acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién nos condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros. ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: Por causa de ti somos muertos todo el tiempo: somos contados como ovejas de matadero. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro".

Pablo enumera en estos versículos tres causas posibles de separación del amor de Dios pero luego las descarta. Primero, el pecado (vs. 33-34). Los cristianos saben que si bien han sido justificados por Dios, todavía son pecadores y que pecan diariamente de pensamiento, palabra y hecho. "Pues bien, ¿y qué entonces?", pregunta Pablo. "Cristo ha muerto por el pecado (tiempo verbal pretérito); por lo tanto, en lo que a Dios respecta nuestro pecado se ha ido para siempre". Supongamos que alguien nos acusara. "Dios es el juez", responde Pablo. Los cristianos han sido absueltos por la corte más alta, y nadie está autorizado para reabrir el caso.

Segundo, en los versículos 35-37, Pablo habla sobre el sufrimiento; el sufrimiento exterior (las tribulaciones, el hambre, la desnudez, los peligros) y el sufrimiento interior (la angustia del alma de quienes deben enfrentarse a la persecución por causa de su testimonio). Este sufrimiento es real. Debería anticiparse, como Pablo lo indica cuando cita el Salmo 44:22 en el versículo 8:36. Pero el sufrimiento no triunfará. No nos puede separar del amor de Dios.

La tercer causa potencial de separación del amor de Cristo es la existencia de poderes sobrenaturales (vs. 38-39), pero Pablo dice que tampoco estos pueden triunfar. Pablo conocía los extremos a los que la maldad de este mundo puede llegar y había luchado personalmente contra la misma. En la epístola a los Efesios había escrito: "Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes" (6:12). Pero aunque sean muy terroríficas, no pueden triunfar por la sencilla razón que Jesús ya las ha vencido. A los Colosenses, Pablo les escribió "Y despojando a los principados y las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz" (2:15).

El texto final lo constituye Filipenses 1:6, que dice: "Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo". Es una afirmación condensada del principio desarrollado con más amplitud en otros lugares —Dios acaba lo que comienza— pero sugiere también otro pensamiento. Literalmente, el griego dice que Dios "continuará perfeccionando su obra hasta el día de Cristo". Para expresarlo en un lenguaje llano, lo hará ya sea que nosotros lo queramos o no.

El versículo habla sobre la "buena obra" que Dios continuará hasta que esté acabada. ¿De qué buena obra está hablando? El texto de Filipenses 1:6 no lo expresa con claridad, pero ese no es el caso de Romanos 8:29. "Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo". ¿Es esto algo que tendrá lugar sólo en el cielo? ¡De ningún modo! Se trata también del plan de Dios para nosotros ahora. Filipenses 1:6 está diciendo que Dios no abandonará sus esfuerzos por hacernos semejantes a Cristo aun ahora, ni aunque lo deseemos. Cristo es el Santo de Dios, por lo que este plan involucra nuestro crecimiento en santidad. Sabemos que como cristianos pecamos. ¿Qué sucede cuando pecamos? ¿Acaso Dios lo ignora? Podría interesarnos que lo ignorara, porque a veces disfrutamos del pecado —al menos por un momento—. Pero Dios no nos permite que continuemos en nuestro camino despreocupadamente. Nos disciplina. Nos empuja, nos seduce, y en ocasiones hasta hace que nuestras vidas sean miserables para que dejemos la senda de destrucción y volvamos al camino que nos ha señalado. A veces, Dios puede hacer que una vida cristiana quede hecha pedazos si eso es necesario para que él o ella abandonen el pecado y regresen a la comunión.

Por eso es que la doctrina de perseverancia no es una doctrina peligrosa como algunos la han imaginado. "La perseverancia puede ser cierta", dice alguien, "pero con toda seguridad que enseñarla es peligroso. Si las personas creen que nadie las puede arrebatarse de la mano de Dios, sin duda se sentirán libres para pecar. La doctrina promoverá vidas licenciosas". Sin embargo, el conocimiento de la grandeza del amor de Dios que persevera con

nosotros en realidad nos mantiene fieles. Conocer dicho amor es desear, por sobre todas las cosas, no hacer nada que le sea contrario.

Pero además de esto, el conocimiento de la perseverancia de Dios nos enseña a perseverar. Nuestro trabajo muchas veces nos desanima. Vemos pocos resultados. Pero continuaremos trabajando porque Dios nos lo ha dado, y debemos ser semejantes a él, fielmente cumpliendo con esta responsabilidad. Muchas veces encontramos que el testificar nos descorazona. Las personas no quieren escuchar el evangelio. Odian a Dios que lo entregó. Pero, con todo, seguiremos con perseverancia, sabiendo que el mismo Dios que nos guarda en el mundo es capaz de salvar a otros del mundo. Nuestras familias son un área especial de responsabilidad. Con frecuencia estamos deprimidos cuando un hijo o una hija o un hermano o una hermana o esposa o esposo no siguen por el camino de Dios. La situación parece no tener esperanza. Pero Dios no nos permitirá que sea desesperada para nosotros. No nos daremos por vencidos. No claudicaremos. Dios es fiel. Es nuestro guardador. Con Dios todas las cosas son posibles.

Vivimos en una época en que la proclamación de la doctrina cristiana es tan débil que hasta muchos cristianos no pueden entender por qué dichas verdades deberían ser predicadas o cómo pueden ser usadas por el Señor para salvar a los pecadores. Este no fue siempre el caso. Dios usó la doctrina de la perseverancia para salvar a Charles Spurgeon, uno de los más grandes predicadores que haya vivido. Cuando sólo tenía quince años había notado cómo algunos de sus amigos, que habían comenzado bien su vida, las habían arruinado al caer en los vicios. Spurgeon temía que él también cayera en estos vicios. "Sea cual sea la resolución que tome", pensó, "las probabilidades son que no me servirán de nada cuando la tentación me aceche. Seré como esas personas de quienes se dice 'Ven el anzuelo del diablo y no pueden evitar mordisquear su carnada'. Caeré en desgracia, y me perderé". Fue entonces cuando escuchó que Dios guardaría a sus santos de caer. Tuvo un encanto especial para él escuchar esto, y se encontró diciéndose a sí mismo: "Me voy a volver a Jesús y recibir de él un nuevo corazón y un espíritu recto; y entonces estaré seguro frente a esas tentaciones en las que otros han caído. Él me sostendrá". Fue esta verdad, junto con otras, la que trajo a Spurgeon al Salvador.

El cristianismo no tiene cimientos endeblés. No se trata de un evangelio de porcentajes y posibilidades. Es un evangelio de certidumbre. Es el mensaje de nuestra completa ruina en el pecado pero del remedio seguro y perfecto de Dios en Cristo.

---

## Notas

1. J. C. Ryle, *Old Paths* (1877; reedición ed., Cambridge: James Clarke & Co., 1977), p. 476.
2. Watson, *A Body of Divinity*, pp. 279-80.